



---

# **Agustín Fernández Mallo**

## **El libro de todos los amores**

© Agustín Fernández Mallo, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2022

ISBN: 978-84-322-3964-9

Depósito legal: B. 653-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Se mira el mundo en silencio y se anota lo visto en silencio. Se escribe el silencio mismo. En eso consiste amar el mundo. (*Amor silencio*)

Él le dijo:

¿De dónde viene toda esta lesión del paisaje?

Ella le dijo:

De los cuerpos sin pasión, que también son paisaje.

El primer inventario de colores calificado de importante fue completado, tras numerosas expediciones a México, Guatemala, Nueva Zelanda, islas Marianas y Filipinas, en torno a 1790 cuando el botánico Tadeo Haenke, aplicado a un exhaustivo estudio de las flores, se vio obligado a definir cientos de tonos que ni la ciencia ni las artes habían

detectado. La paleta hasta entonces conocida, de unos pocos cientos de gamas, fue de este modo elevada por Haenke a 2.487 tonos cromáticos. Terminó su mapa de los colores donde terminó sus días, en Cochabamba, al cuidado y estudio —estudiar es una forma de cuidar— de las flores y la vegetación del jardín que en la parte trasera de su casa él mismo había levantado. Algunos de quienes en sus instantes finales rodearon su cama aseguraron que dijo entonces que lo que de verdad le hubiera gustado dejarnos no es un inventario de los colores sino el de todos los tonos, matices, saturaciones, texturas y brillos del amor. (*Amor pantone*)

Él le dijo:

El primer beso que nos dimos quemó por completo nuestras lenguas, sin embargo aún arde en ellas.

Ella respondió:

Paradójica perfección en los cuerpos que se encuentran.

Hay un momento de la experiencia amorosa en el que empiezas a cortarte con todo. Con el borde de los cajones y con la pantalla del teléfono, con el

cepillo de dientes y al regar un ficus, cuando te subes el pantalón y cuando te lo bajas, cuando abres un libro y cuando cierras una puerta, cuando te calzas los zapatos y cuando ajustas el termostato de la calefacción, incluso la pastilla de jabón y la barra del autobús te cortan. De pronto todos los objetos buscan afilarse en ti. (*Amor navaja*)

Ella le dijo:

La primera vez que te toqué fue como llegar al hogar. Un hogar en el que nunca había estado.

Él le dijo:

Contigo he perdido el miedo a la rutina.

La más grosera manifestación de realismo resulta de extrapolar estadísticas hacia el futuro. La más ingenua manifestación de nostalgia resulta de extrapolar esas mismas estadísticas hacia el pasado. Las parejas se separan y —no lo saben— cada cual se lleva exactamente una de esas dos partes. (*Amor estadística*)

Ella le dijo:

Un día, tras el Gran Apagón, el pelo se nos

---

volvió blanco de golpe. Como la nieve de estas montañas, que llegó una mañana y ya nunca se fue.

Él le dijo:

Tampoco el pelo de los osos polares es blanco. Visto de cerca, observado pelo a pelo, es transparente.

Los vikingos, desde sus helados mares del norte, viajaron al Mediterráneo sin bordear las costas de lo que hoy llamamos *Europa*. Su táctica fue cruzar el continente de norte a sur remontando el Rin y otros cauces fluviales que hábilmente fueron enlazando: navegar aguas dulces para conectar dos aguas saladas, usar la línea más corta entre dos puntos —especie de geodésica cultural—. En todo ese trayecto quemaron villas, animales y tierras, saquearon cuanto de valor vieron pero dejaron intactas las flores de las orillas y las cortinas de las casas siempre y cuando estuvieran bordadas. No es que no les gustaran, sino que para ellos eran cosas invisibles, sus ojos no estaban adiestrados para detectar tal clase de objetos. Tampoco saquearon las playas cuando por fin llegaron a la actual Italia; los granos de arena eran tan pulidos, esféricos y brillantes que ni los vieron. Qué clase de línea más corta es entonces ésa que «no ve las cosas». También los pájaros que hoy se adentran en el conti-

nente llevan en sus sexos una capa de estambres y antiguos minerales que no ven pero siembran a su paso. (*Amor geodésica*)

Ella le dijo:

Cuando somos sorprendidos por la oscuridad de la noche, es nuestra vista la que tiene la culpa, no la noche.

Él le dijo:

Tras el Gran Apagón me amas de otro modo, das cuerpo a otra llama.

Las imágenes que soñamos mientras dormimos evolucionan con la edad, pero llegada la madurez, lo soñado deja de coordinarse con el cuerpo biológico y esas imágenes oníricas permanecen en un estado de eterna juventud: tus sueños ya no cumplen años, no crecen. En la vejez, y en tanto el cuerpo sigue su marcha hacia la degradación material, el mundo de los dormidos incluso invierte su signo y el anciano acostumbra a tener visiones nocturnas habituales en los niños. No existen sueños propiamente de ancianos, motivo por el cual las personas mayores, cuando están despiertas, son propensas a esa extraña combinación que funde la melancolía de lo perdido con vitalísimas esperanzas de futuro.

No es que esa asimetría entre el crecimiento del cuerpo y el crecimiento de los sueños nocturnos suceda en el tiempo; ella misma es el tiempo. Tampoco el amor, que al fin y al cabo es espectro y constante ensoñación, envejece cuando se presenta entre dos cuerpos. También la madera es el único material sobre la faz de la Tierra producido por semillas secas, embriones de clorofila que nunca envejecen. (*Amor asimétrico*)

Él le dijo:

Ayer, cuando cogí aquel caracol que grande y naranja como un sol en movimiento intentaba ocultarse entre las hierbas, y lo puse sobre la palma de tu mano, el molusco trepó hasta las yemas de tus dedos, se agarraba a las huellas dactilares como si hubiera crecido en ellas. Lo observaste y no dijiste nada.

Ella le dijo:

Mis oídos también albergan un caracol, única cavidad de mi cuerpo que tu lengua aún nunca ha explorado.

La mayor y más veloz planta colonizadora del planeta es la *Pueraria lobata*. Arrastrándose, crece a una velocidad de treinta centímetros al día. Su



---

depredación es tal que en zonas de Estados Unidos como Florida, Georgia o Alabama ha sido tipificada de plaga. Su densidad y espesura cubren en pocos días automóviles y casas unifamiliares, que se hundan bajo su peso. Trepa por los postes de la luz, se introduce en el alcantarillado si encuentra una boca abierta, su verdísima red llega hasta las mismas playas, donde tampoco muere: sobre los granos de arena —minúsculos cantos rodados del ir y venir de las mareas—, en estado de letargo descansa. Todo comenzó en el año 1876, cuando en la celebración del centenario de la Declaración de Independencia de Estados Unidos, algunos países hicieron obsequios a la mejor patria del Nuevo Mundo. El de Francia fue la conocida Estatua de la Libertad. Unos pocos ejemplares de *Pueraria lobata* fueron el regalo de Japón. (*Amor independencia*)

Ella le dijo:

En el interior de nuestros cuerpos hay un mausoleo. Nuestros órganos tienen algo vivo y muerto, depósito de escombros de lo que hemos ido dejando atrás.

Él respondió:

Cuando me dejas entrar en ti, lo que busco es traer a la vida esa parte muerta.

---

«El rostro de una persona no existe en sí mismo, el rostro sólo existe cuando es iluminado por la luz», dijo Alfred Hitchcock. Una actividad común pero no por ello menos extraña que iluminar rostros es hacer paquetes; hacemos paquetes de todas las cosas. La Red no es más que millones de metros de cables que empaquetan el globo terrestre. O las plantas, que dejadas crecer a su albur empaquetarían nuestra esfera. O el abrazo: qué es abrazar sino empaquetar al otro, darle una forma desconocida para todos menos para ti. O qué es la elección del género sino empaquetar el sexo. De modo que no es necesario hacer un regalo o un envío postal para inventarles una silueta y una identidad a las cosas; la luz ya las inventa por nosotros. No hay rostro que, una vez iluminado, no enamore nuestros ojos.  
*(Amor paquete)*

Él le dijo:

Tú y yo somos nada.

Ella respondió:

Es preferible ser nada en un mundo cuya única ambición es serlo todo.

Lo que nos liga a la infancia es el nombre de pila, que nos acompañará hasta el final. Lo que nos liga a la

---

infancia es, pues, el lenguaje. Sólo hay una cosa que un adulto no puede hacer, aprender a hablar. El habla, en el alba de la especie humana, la inventaron los niños, y así continúa; cada infante inaugura la lengua. Lo gracioso es que ambas cosas —tu nombre de pila y el lenguaje— vienen de fuera de ti, te han sido dadas por otros del mismo modo que te ha sido dado tu género. Y pasan los años y llega el amor adulto, que intentará por todos los medios invertir ese proceso, darle la vuelta: la pareja desea regresar a la infancia, crearse nuevos nombres y sexos, inventar un habla privada, refundar desde dentro todo lo conocido y edificar para ella y sólo para ella un nuevo tejado; el cobijo. Por eso la imagen —existente en todo tiempo y cultura— de una pareja amándose bajo algo que se parece a una sábana nada tiene que ver con el pudor a mostrar sus cuerpos desnudos, sino con —en esa improvisada cueva de ellos y sólo de ellos— rebelarse contra aquel lenguaje impuesto en la infancia. (*Amor contra el lenguaje*)

Él le dijo:

Una vez fui a un museo. Todo allí estaba espectacularmente quieto. Me pareció lo más erótico que jamás había visto.

Ella le dijo:

También un cuerpo es una avenida silenciosa; mudo sexo extremo.

Enamorarse consiste en permitir que otro te meta en su cabeza, y que ahí, atrapado tú ya para siempre en sus sueños, a su antojo haga contigo lo que quiera; a partir de ese instante serás un archivo móvil dentro de su cuerpo. La gente habla mucho de archivos, de información que vamos registrando y que por escrito o verbalmente transmitiremos a quienes nos sucederán en el tiempo, pero qué decir de lo olvidado. No existe archivo que pueda almacenar el olvido, y no porque lo olvidado no pueda regresar y ser recordado, sino porque el olvido es tan grande que su mundo supera en varios dígitos al nuestro. Estamos hechos de una gigantesca pérdida de objetos y personas, lo que equivale a decir de pérdida de memoria, que no obstante nos constituye. Así que cuando transmitimos información también transmitimos todos esos mundos olvidados, aunque lo hagamos de un modo que aún no comprendemos del todo. Ese olvido soy yo introducido en la cabeza de los demás, mi vida ahí dentro encerrada, la parte de mí sólo accesible a quien en forma de experiencia amorosa me tiene en su cerebro, aunque esa persona —lo sé— ya me haya olvidado para siempre. (*Amor olvido*)

---

Él le dijo:

Tú y yo estamos siempre en el aire, batiendo las alas para no caer.

Ella, señalando las crestas de hielo de la montaña que veía a través de la ventana, dijo:

¿Recuerdas cuando buscábamos el calor en la nieve perpetua?

Esa ciencia a la que llamamos *Economía* existe y tiene sentido únicamente en un mundo supeditado a la escasez de recursos; allí donde los bienes y las cosas fueran infinitas, la ciencia económica carecería de lógica, perdería su objeto de acción y nada tendría que estudiar ni regular. Parece que hemos construido las sociedades en función de esa congénita escasez del mundo. En la cultura occidental, esto viene fundado en la Biblia: desde el vergel del que, sin trabajar, todo mana, hasta la condena del trabajo para ganar el pan, que se obtendrá a costa del sudor de tu frente. La aparente crisis del mercado de la música, originada a principios del siglo xx por la también aparente infinita disponibilidad de canciones en Internet, no es sino el pánico experimentado por el mercado ante el paso de una *economía de la escasez* musical —administrada por unos pocos—, a una *economía de la abundancia* —la infinita reproducción de los sonidos sin aparente gasto—: las ciencias econó-

---

micas tal como las conocemos dejarían de tener un sentido práctico y filosófico en ese escenario. Las teorías de género entran aquí de un modo determinante: de la polaridad masculino/femenino, economía de la identidad sexual basada en la escasez de géneros, al potencialmente infinito espectro cromático de géneros que un individuo puede adoptar entre aquellos dos extremos, funda una clase de economía de la abundancia (de género) para la cual las normas socialmente aprendidas pierden toda validez, con la consiguiente caída en el pánico de quienes no quieren o no pueden perder el control de aquella privación. Todo esto guarda cierta relación estructural con la aún incipiente computación cuántica. Tales máquinas futuras se fundamentan en la propiedad de no trabajar tan sólo con estados binarios, no trabajar únicamente con ceros y unos, sino que a esa economía de la escasez de posibilidades le son sumadas todas las alternativas que hay entre el cero y el uno, todas las cifras que median entre esos dos polos numéricos, posibilidades potencialmente infinitas que dan lugar a mundos y planos de realidad no sólo absolutamente desconocidos hasta ahora sino inimaginados, pero no por ello imposibles. Lo que podemos llamar el Amor de la Abundancia de Género sería entonces la anticipación, la punta de lanza analógica, de esa otra abundancia digital hacia la que van las computadoras. (*Amor de la Abundancia de Género*)

Él le dijo:

Tras el Gran Apagón hubo gente que pidió ser enterrada en el interior de la piel de los animales salvajes, que como llegados de un inexistente bosque cercano tomaron aquellos días las calles.

Ella dijo:

Yo misma ayudé con esas mortajas. Metíamos al humano dentro de un saco de piel animal, que después cosíamos. Justo antes de dar la última puntada, un pájaro sin nombre emergía del agujero de la costura. Era imposible seguirlo con los ojos.

A veces ocurre que para perder de vista a alguien, huyes con tanta rapidez y falta de atención a lo que te rodea que terminas tú mismo perdido en un paisaje desconocido, extraviado y sin saber qué te espera tras el siguiente paso. Si del amor estamos hablando, a esos viajes los denominamos «abandonar a alguien sin tener en cuenta a ese alguien». No hay ruptura sentimental que no consista en construir semejante brújula sin mapa. (*Amor huida*)

Ella le dijo:

A veces, cuando amanece en el valle y aún duermes y a través de la ventana el alba comienza a iluminar tu cuerpo, pareces una persona que mis ojos nunca hubieran visto, una criatura que naciera al mismo tiempo que lo hace la mañana. Entonces no sé qué estás soñando y siento pánico a no poder reconocerte cuando despiertes.

Él le dijo:

Tu rostro, como el agua y el uranio, como los pájaros y los ficus, como la corona solar y la escritura, ya existía antes de tu nacimiento. Tu rostro lleva toda la vida entre los humanos. Por eso te reconocí nada más verte.

La diferencia sustancial entre el cristianismo y el judaísmo es que este último requiere mayor dedicación intelectual que el otro. El cristianismo celebra sus ritos; el judaísmo además de celebrarlos hace de ellos un objeto de estudio. Uno de los motivos de esa diferencia es que una parte del texto sagrado cristiano, la Biblia, fue compuesta con simplificadas traducciones de la Torá judía para que el pueblo iletrado pudiera comprender —y por lo tanto propagar— la Palabra de Dios. Desde entonces, y hasta hoy, la geopolítica mundial y sus conflictos no son más que el resultado de esa anti-



gua e irresoluta separación original. En lo que respecta al tratamiento del amor, ambas religiones despliegan el mismo primario y rústico concepto de vasallaje que asiste a la idea de mascota. (*Amor mascota*)

Ella le dijo:

He perdido la cuenta del número de años que llevo yendo cada día a tu cuerpo para construir y destruir en él un mismo sueño.

Él respondió:

Pero el eterno retorno no es retorno de lo mismo.

En las serpientes, el sentido del olfato reside en su lengua, bífida. Cada una de esas dos terminaciones detecta la concentración de un determinado olor a derecha o a izquierda, lo que lleva al reptil a cambiar de dirección o aproximarse dependiendo de si se trata del olor de un depredador o de una potencial presa. Algo similar les ocurre a los cerdos y jabalíes con sus dos agujeros nasales, que les orientan en situaciones de supervivencia. Pero no así a los humanos. Nuestras fosas nasales son incapaces de discriminar direcciones, podríamos tener un solo orificio en lugar de dos y nada cambiaría. La

palabra *amor* (del latín *amoris*) significa «madre». Sin embargo, los griegos no tenían un solo vocablo para designar lo que hoy llamamos *amor*, sino dos, *eros* y *ágape*, que eran, respectivamente, el amor carnal y el entendido como todo lo que cae fuera de la satisfacción sexual. Amor bífido que en algún momento de la Historia perdimos y, con ello, nuestra capacidad de orientarnos sentimentalmente. (*Amor bífido*)

Ella dijo:

Ahora Dios es pálido, el color de Dios es el de la absoluta neutralidad, por eso ni a ti ni a mí nos juzga, se limita a observar cómo emergen y luego se deslizan las gotas de sudor sobre nuestros cuerpos. La única intervención de Dios es hacer simétrica nuestra agua: si por cualquier motivo aparece una gota de sudor en mi pecho, hace emerger otra idéntica en el tuyo.

Él respondió:

Pero esa divinidad nada sabe de lo que tú y yo sudamos por dentro, nada sabe de cada uno de nuestros sueños. Hoy un pájaro sin nombre ha venido al alféizar de nuestra ventana, el primer pájaro que hemos visto tras el Gran Apagón, y esa ave sin nombre cruzará muchas más veces el cielo sobre nuestras cabezas; mejor dicho,

cruzará la oscuridad porque lo hará en esta absoluta noche que es el Gran Apagón. Por eso no lo veremos, por eso aunque algún día volviéramos a verlo no lo reconoceríamos. Se quedará sin nombre para siempre. Lo que no tiene nombre no existe. Como nosotros, recién creados.

El tema de la ciudad vacía de humanos y abandonada a la suerte de los elementos viene de lejos y se halla en variadas mitologías. Las parejas levantan verdaderas ciudades de materia y afectos, costumbres y ritos únicos e irrepetibles; un lenguaje propio. La peculiaridad de ese universo creado entre los dos es que no se destruye si la pareja se rompe, sencillamente pasa a un estado de *ciudad abandonada*, ruina que en algún lugar ha de continuar su propio curso. No sabemos exactamente en qué forma sigue mutando esa urbe ni en qué figura se convierte, pero lo que sí es seguro es que, desconectada para siempre de todo lo conocido, se trata de un destino sentimental que ya nunca nadie podrá visitar. Ni tan siquiera sus constructores —los antes amantes— podrán volver a caminar sus calles. Se convierte así esa ciudad en, literalmente, un lugar utópico, el único lugar realmente utópico porque es tal su desconexión y al mismo tiempo violenta su presencia que ni tan

---

siquiera la política real —que como sabemos ansía utopías pero siempre alcanza distopías— se atreve con él. Y es entonces, en esa ciudad abandonada, donde aparece la posibilidad de que los que estamos en este otro lado imaginemos —idealicemos— un amor eterno: el así llamado *amor romántico* que con notable éxito llevan siglos cultivando los aficionados a la experiencia de lo imposible. Pero el amor romántico no es la única opción. Veámoslo así: si es verdad que la información ni se crea ni se destruye, tan sólo se transforma, también cabe pensar la existencia de ese mundo que crearon los amantes, y ahora desconectado del nuestro, como un trozo de información perdida, un *amor-información* que en vano a diario intentamos rescatar. Imaginar esa ciudad del amor, sola, mutando en nuevas formas y a la deriva por el Universo produce desazón, pero debe de existir un agujero por el que colarse tan siquiera unos breves segundos, experimentar en tiempo real la información material y sentimental que, sin control y como en un desviado espejo de lo que fuimos, en sus calles todavía nos refleje. La pregunta crucial, la pregunta que entonces desharía ese nudo hasta la fecha irresuelto, sería ésta: si en esa ciudad del amor perdido todo es información, ¿cuáles serán sus noticias? (*Amor información*)